

MINISTERIO DE CULTURA  
DELEGACION FORAL  
MADRID  
Sección de Medios  
PUBLICACIONES  
DEPOSITADO el  
3 DE JUNIO DE 1980  
a las 11:30  
RECIBIDA

## IN MEMORIAM

R. P. José M.<sup>a</sup> Dalmau y Puig de la Bellacasa, S.J.  
(1884-1980)

ESTUDIOS ECLESIASTICOS no puede pasar por alto la memoria del P. José M.<sup>a</sup> Dalmau, que fue uno de los fundadores de la Revista y, por largos años, co-director de la misma.

Con él ha desaparecido uno de los grandes teólogos que han ilustrado este campo de la Ciencia Eclesiástica en la época del renacimiento neoescolástico promovido por los Sumos Pontífices, especialmente León XIII y San Pío X. Y aunque el P. Dalmau fue un ferviente y convencido suarista, profesó siempre una profunda reverencia y singular aprecio por Santo Tomás de Aquino, cuyas obras estudió con detención durante el bienio con que se preparó a su docencia teológica. No fueron vanos sus esfuerzos, pues en todo su largo ejercicio de profesor de Teología (45 años de profesor: 26 de ellos, Decano, y seis, Rector) campeará la seguridad de doctrina, la profundidad y hasta sutileza de ingenio y el equilibrio perfecto de pensamiento.

Dotado de una memoria excepcional y de un ingenio sutil y ordenado, dominaba plenamente todo el campo de la Teología y de la Filosofía, tanto la escolástica como la dogmática, patristica, historia y cualquier otra rama o variedad de estas ciencias. Conocía también a la perfección el Derecho Canónico, la Liturgia, la Ascética y la Mística... Podía suplir con competencia a cualquier profesor que accidentalmente estuviese impedido, y con la misma facilidad y erudición discutía en las materias que correspondían a su cátedra, como en las afines de las ciencias eclesísticas. Dominaba la Patristica, especialmente San Agustín, San Ambrosio y los Padres Capadocios y cuantos habían intervenido en las discusiones trinitarias. De este santísimo misterio era devotísimo y lo explicaba con un entusiasmo tal que contagiaba a sus discípulos.

El secreto del éxito del P. Dalmau y del aprecio que todos le profesaban se debía, sin duda, a su prudencia y simpatía, pero sobre todo a su erudición y a su vida profundamente religiosa y piadosa. Vivía la Fe, la Esperanza y la Caridad. La cátedra no era más que el desahogo del fuego de amor a Dios que sentía en su

interior y sus clases eran una explosión de sus sentimientos internos. Cuando explicaba la Santísima Trinidad, la Gracia, las Virtudes infusas..., nos parecía estar leyendo o escuchando a San Agustín, y se remontaba a las más altas esferas del misterio con la misma facilidad con que en vacaciones se elevaba al Puigmal o al Puigllançada y entraba después en el Santuario de Nuestra Señora de Nuria a visitar al Santísimo y rezar a la Virgen. Cuando se le contemplaba en la capilla en actitud devota y recogida, se vislumbraba un fervor de espíritu y una elevación de alma que parecía estaba contemplando a Dios tal cual es. No nos maravillaba después escucharle sus elevaciones teológicas.

Otra de sus características era su humanidad o humanismo. Era muy comprensivo y caritativo con todos. Se indignaba —intelectualmente— cuando leía u oía disparates teológicos o herejías; pero siempre trataba con dignidad y comprensión a los adversarios. Era vivo en las discusiones —efecto de su rapidez intelectual y de su temperamento nervioso—, pero jamás se le escapaba una frase menos correcta o que pudiese molestar.

Tenía un aprecio singular por la virtud de la humildad y él mismo se había compuesto unas como letanías para pedir esta virtud. Así se comprende que tuviera tan arraigados en su alma la sujeción y amor al Magisterio de la Iglesia. Devoraba los escritos de los Papas y ponía en ejecución inmediatamente cuando prescribían. Se le notaba la firmeza y devoción con que todos los años leía el Juramento antimodernista y la Profesión de Fe prescrita por San Pío X. Lo sentía y vivía. El P. Dalmau era una Teología viva.

Lleno de méritos, apreciado de todos, pasó a recibir el premio que correspondía a quien había vivido cerca de 96 años de una vida sentidamente cristiana, consagrada a Dios desde su niñez. Estudió Bachillerato en el Colegio del Sagrado Corazón de los Jesuitas de Barcelona y comenzó la carrera de Filosofía y Letras en la que se licenció más tarde, ya jesuita, pues, sintiendo la vocación a la Compañía de Jesús, interrumpió los estudios y pasó al noviciado de Veruela (Zaragoza), el 24 de julio de 1902. Siguió brillantemente los estudios de Humanidades, de Filosofía y de Teología, y se ordenó de sacerdote el 16 de julio de 1916. Tenía, al morir, 96 años de edad: 78 de jesuita y 64 de sacerdocio. Larga vida entregada por completo a la gloria de Dios al servicio de la Iglesia y al bien espiritual y formación de tantas generaciones de sacerdotes jesuitas que pasaron por su cátedra y aprendieron de él no solamente la ciencia, sino también la virtud.